



JUEVES LITERARIOS DE «EL TELEGRAFO»

El canto a la Madre España

Poema premiado con la Flor Natural en el concurso promovido en Santander (España), con ocasión de la Fiesta de la Raza, en este año.

Yo me hundi hasta los hombros en el mar de Occidente, cada aurora del Indio flores epifanias porque el Sol, Dios supremo, nace todos los días

Esa era América. Nadie le dió nada. De ti lo esperó todo, fuiste el Díos y el Hada; su palma estaba sola bajo el cielo azul; su luz no era reflejo, sino lumbre de estrellas; presentando tus cruces, ya había visto Ella cién calvarios sangrando bajo la Cruz del Sur.

Trajo hasta mí la brisa su cascabel de plata, me acribilló los nervios la descarga solar, mis pulmones cobraron un aliento pírra y corrí por mis venas toda el agua del mar. Alas los brazos húmedos a la celeste llama y cuando cayó en ellos el tropical fulgor, cada brazo creció, como una rama, cada mano se abrió, como una flor.

Súbitamente, el agua gélida en un profundo desbordamiento de maternidad. No sentí grande, inmenso, sin cabida en el mundo, infinito y molécula, multitud y unidad. Volví los ojos hacia mí: yo mismo me de sonoro, como el caracol, y el vé de mi grito voló sobre el Abismo, dando espuma y respirando sol.

Sería crecer raíces en los pies, y por ellos una savia ascendente renovaba mi sé; hubo un afán de brote del torso a los cabillos, cual si toda la carne me fuera a florecer.

Sembrado allí bajo la azul rotunda, integré la metáfora ancestral: Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Noble encina española de los Conquistadores, que en mitad del Océano perfumó el cielo, bajo el mar las raíces, junto al Cielo las flores y perdidas a los cuatro vientos la ramazón. Cuando yo florcí, con los brazos tendidos, eras tú quien estaba floreciendo así y tu sombra porque tuve nido cuando tus ruisenores andaron en mí.

Arbol del Romancero, Trono de la Conquista, raza donde Dios puso su parte más artista, folijo donde vino la paloma a amollar. Surja a tu sombra el canto que incendie la ribera, mientras te cubre con su encadenada reverberación crepuscular.

No son para la Lira manos que odian la calma; llora cantarle me ha pulsado el alma!

Co un temblor de novia que se inicia, con un azoramiento de novicia, el cardo, de las páginas, rebano de gacelas, aguarda ante mis ojos la llegada del cántico, virgen, como la espuma del Atlántico antes del paso de las carabelas.

La lirical Enciclo, alza la frente y enciende de nuevo lo que has visto;

tres naves que llegaron del Oriente, como los Reyes Magos al pescbre de Cristo

Desprendida del Texto, sobre la mar caña de Baluam la vieja profecía.

Con fulgor total de luna llena, matando al duero, pasea en sucesos de una anta la mitad de Dios en el lucero.

Resina que derramas sobre la frágil onda la lata del baile, en tu sonetizan su mirada más honda los ojos de Isabel!

Tú recordas al nauta en su camino, que es Dios quien fija el rumbo y da el destino y el marino es apens a expresión de un anhelo, pues para andar sobre el azul marino hay que mirar hacia el azul del Cielo!

Auchidáshan la móvil entraña Melchior, Gaspar y Baltazar d'España, siempre en el aire inédito, el bauprés, y tú, Mar de los Indios, a su paso te abrías como el Jordán herido por el manto de Elias y el mar en los miedos al grito de Moisés.

Tras los Reyes el oro de las joyas reales, la mirra de la luz y el incienso que luego subirán en espirales nel alma de los indios al árbol de la Cruz.

¡Qué sorpresa oceánica, qué abismal armonía de aquellas auroras, sin tormentas ni bruma, mientras en los costados de la "Santa María" derribaban las olas sus jinetes de espuma!

¡Qué prodigio de azul! Las carabelas tienen nail arriba y abajo y a la lante!

Solo un blanco: las velas, y un verdor de esperanza: el Almirante.

—Quiero volver a España! — clamó la algarabía porque no presenta en esa hora que estando atrás España, su barca dirigía hacia España la prisa.

Y cuando al fin la anunciacián de Triana fui de grimpola en grimpola, de mesana en mesana y en pleno mar la isla erguío su flor, para los Reyes Magos que buscaban su do, aquél mundo, del mar recién nació, fué como el de Belén, el Salvador!

Y el Cacique de caro, desde el vecino cerro, vió salir de las aguas unos hombres de hierro.

Mis cíacos son figuras; escalan las montañas y sus pies son púntas y sus uñas, guadañas La sierpe del Origen

enviaba los rudimentos de la cesta aborigen;

de ella sacó el abuelo su astucia recogida y en las llamas indias multiplicó su vida,

Fue su una nidad: la hoja de parras

no logró hasta el creto de su sapiencia sumar,

que las carnes desgarran,

se engarza en el mismo tiempo el pie de gatita

y el arco ir de la sien de pluma.

Marcan la estridida de sus dolores en piedra de Egipto, díez Curos, diez Placidas;

abijo, en ceniza de los Emperadores

y arriba el suero cristiano, que es el dolor con alas.

No pides a su Díos la buena suerte,

ni van holganza ni alergia esencia;

ocaja a lo aviso lo que sigue a la muerte

y el resto lo confian al tiso de su fin.

Y es en Faenza, la Pascua Matutina,

que el sol nace con la Pascua Iovina de Palestina.

Yo me hundi hasta los hombros en el mar de Occidente, cada aurora del Indio flores epifanias porque el Sol, Dios supremo, nace todos los días

Yo me hundi hasta los hombros en el mar de Colón,

fronte a So. las pupillas, contra el viento la frente

y en la arena sin mancha, sepultado el talón.

Trajo hasta mí la brisa su cascabel de plata,

me acribilló los nervios la descarga solar,

mis pulmones cobraron un aliento pírra

y corrí por mis venas toda el agua del mar.

Alas los brazos húmedos a la celeste llama

y cuando cayó en ellos el tropical fulgor,

cada brazo creció, como una rama,

cada mano se abrió, como una flor.

Súbitamente, el agua gélida en un profundo desbordamiento de maternidad.

No sentí grande, inmenso, sin cabida en el mundo,

infinito y molécula, multitud y unidad.

Volvi los ojos hacia mí: yo mismo

me de sonoro, como el caracol,

y el vé de mi grito voló sobre el Abismo,

dando espuma y respirando sol.

Sería crecer raíces en los pies, y por ellos

una savia ascendente renovaba mi sé;

hubo un afán de brote del torso a los cabillos,

cuál si toda la carne me fuera a florecer.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya copa se hace trizas el vendaval.

Sembrado allí bajo la azul rotunda,

integré la metáfora ancestral:

Átolo en cuyo tronco se parte en dos la onda

y en cuya cop